

# La noche que desapareció Holanda

Por Laia Jufresa

**Laia Jufresa** (México, 1983) creció en el bosque de la niebla de Veracruz. Pasó su adolescencia en París. En México, Laia formó parte de la Escuela Dinámica de Escritores, de Mario Bellatin, y obtuvo las becas de la Fundación para las Letras Mexicanas y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Su trabajo figura en las antologías *Un nuevo modo. Antología de narrativa mexicana actual*, (UNAM 2013), *Muestra de literatura joven de México* (FLM, 2008) y *Los Mejores Poemas Mexicanos 2006*. Su libro *El esquinista* (inédito) recibió la mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012. Ahora vive en Madrid. Colabora en la revista *Letras Libres* y es profesora a distancia en el programa de escritura creativa (PEC) de la Universidad del Claustro de Sor Juana. *Umami* es su primera novela.

(Presentación de la agencia literaria VicLit.)

## El esquinista

Laia Jufresa



Fondo Editorial Tierra Adentro

A Sylvie no le gustaban los tangos. En ninguna de sus acepciones. No le gustaban los argentinos porque le recordaban a un novio que tuvo y no le gustaban los otros porque prefería reírse de la vida. La conocí en Delft, en un restaurante griego casi vacío. Un negocio en barca flotante en el canal, cuyos meseros no tenían nada de griegos: mascaban el cuasi perfecto inglés de los holandeses educados. Más tarde, Sylvie y yo decidiríamos que la ausencia de comensales seguramente se debía a que los habitantes de Delft no se perdían el reporte meteorológico y se habían ido a sus casas para preparar las cubetas y bloquear las puertas con toallas.

Yo llegué primero. Ordené una ensalada con feta y me puse a llenar postales con mentiras sobre lo bien que me sentaba el mal clima. En algún momento alcé la vista y allí estaba Sylvie, sentada en otra mesa, el menú vacilante frente a la mirada. Me alegró mi buen tino: ése era un restaurante para comensales sin pareja. No sé qué habrá pensado ella pero, en cuanto me miró mirarla, vino hacia mí y alzando la mano ofreció un «hello» tan francés que le contesté un «salut».

Ah t'es française !, exclamó con clara emoción. Antes de que yo negara, Sylvie ya estaba sentada

en mi mesa. Me preguntó qué había pedido y luego chapoteó en su inglés que nos trajeran la especialidad de la casa para dos personas y un vino, porque esa mademoiselle que era yo, no podía comer sólo ensalada en su cumpleaños. Luego me aclaró: es mi cumpleaños número veinte.

Supongo que fue entonces que yo traje a cuento que veinte-años-no-es-nada y que eso venía de un tango.

– No me gustan los tangos, contestó tajante como cancelando el tema, me recuerdan a un novio que tuve.

– Era argentino?

– No, era un francés pretencioso.

Comimos alegres y fue durante el postre que el agua comenzó a subir. O, mejor dicho, el agua llevaba un rato subiendo y fue con los últimos tragos de vino que finalmente lo notamos. Sylvie preguntó si era su neurosis o si el puente de la esquina había disminuido. Yo no estaba segura pero dije: el canal se devora al puente, welcome to the Netherlands. Ella resopló que las mareas suben y encargamos la segunda botella.

Quién sabe si fue el vino o nada más haber estado flotando por tres horas, pero cuando el restaurante finalmente cerró y Sylvie y yo salimos, la calle no era la misma. El adoquín parecía mucho más duro y pisar se antojaba una acción novedosa, sólo operable si en completa concentración. Sylvie se quitó los zapatos y en adelante los llevó en la mano. Anduvimos un rato en ese silencio cómodo de los viejos amigos y el hecho de que no fuéramos en realidad viejas amigas lo hacía más cómodo aún. Giramos en una esquina y nos detuvimos bajo la antigua casa de Vermeer. Aquí vivió Vermeer, dijo ella, y yo entendí que allí debíamos detenernos. Nos sentamos en una banca frente a la antigua construcción y nos pusimos a mirar la ventanita. Sylvie subió los pies a la banca. Me sorprendieron sus restos de barniz rojo en las uñas de los pies.

Mi Vermeer favorito, le dije después de un largo rato, es en el que una mujer sostiene una balanza y en ella pesa nada. Con los ojos cerrados, la mujer busca el equilibrio del vacío. Tuve durante años la reproducción en mi cuarto, aunque el cuarto cambiara. Siempre me tranquilizaba.

No sé si porque así me sentía yo, o si porque a eso me gustaría dedicarme. Sylvie dijo que ella prefería el cuadro del laúd. Y que lo que le gustaba era el mapa en la pared. Pero ese cuadro yo no lo conocía.

En la banca, le expliqué a Sylvie el segundo significado de la palabra tango. En México, le dije, «hacer un tango» es hacer un drama, exagerar algún hecho en volumen y gravedad.

Tampoco le gustó. Fue también en esa banca donde comprobamos que el agua estaba subiendo demasiado rápido –si bajaba los pies a la calle, las uñas rojas de Sylvie quedaban sumergidas- y decidimos que era tiempo de seguir caminando. A mí me impresionó mucho el asunto de la ventana de Vermeer. Verla desde afuera y entender el porqué de la luz idéntica, lateral, de sus cuadros. A ella lo mismo, así que acordamos visitar el estudio al día siguiente.

Mientras caminábamos por Delft, Sylvie me contó que la ausencia de cortinas era regla en las casas protestantes. Que denotaba transparencia. Ella creía recordar que Vermeer se había convertido al catolicismo y dudamos sobre si la luz cambió entonces. ¿Vermeer se habría convertido a las cortinas? Y si sí, ¿cómo estaría más en paz: mostrándose o dejándose ocultar?

Yo me hospedaba en una casa en Trompestraat. Quise explicarle a Sylvie que la trompeta haría las veces de «bombo y platillo» en su cumpleaños, pero el guiño me pareció intraducible y me limité a señalar el camino.

Me quité los tenis empapados y subimos a la azotea, que era el mejor lugar de la casa. La dueña, una holandesa que coleccionaba objetos asiáticos, había armado en el techo un jardincito con sillas viejas y foquitos de colores. Nos sentamos ahí a fumar el hashish que yo compré en el camino, como regalo de cumpleaños y porque

Sylvie había pagado la cena. Desde aquella superficie alzada, a ratos de pie y a ratos compartiendo una vieja tumbona, conversando entre el humo y dos grandes budas de acrílico, vimos subir la marea.

Primero, un espejismo, como si el canal se desbordara sólo en nuestra imaginación. Reflejos. Luces tenues en el piso, seis metros bajo las manos que agitábamos para hacer variar la visión. Pero luego, cuando Trompestraat ya era más río que calle, entendimos que iba en serio. Delft estaba inundándose en silencio, a una velocidad récord. Quizás el país flotante cedería finalmente ante el agua que reclamaba su territorio. Quizás Holanda desaparecería, quizás estaba desapareciendo ante nuestros ojos.

No llovía y la noche era bastante cálida para el estándar nacional. Creo que fue sobre estándares nacionales que hablamos tanto. Le dedicamos mucho rato a la mentalidad holandesa: plana. Plana como sus paisajes. Y discutimos si la geografía define o no la cabeza. Conforme el agua subía, generamos diversas hipótesis sobre la reacción que tendrían los lugareños ante el evento. Sylvie decía que lo tomarían con su absoluta tolerancia de siempre, ésa que tanto se parece a la indiferencia. Sopesarían la inundación desde sus ventanas protestantes para luego, sin protestar, simplemente extraer del clóset su lancha inflable, acomodar en ésta sus pertenencias más preciadas y proseguir su vida sin pliegues ni montañas. Yo en cambio presagiaba un escándalo, reuniones de las potencias mundiales para donar fondos monetarios o bien ayuda en especie: extractores de agua gigantes y esas cosas. Pensamos encender la televisión que había en la casa, pero como no hablábamos holandés decidimos que seguir fumando en la azotea era la mejor estrategia para mantener la calma. Sólo bajamos un momento para buscar calcetines y hacer té -estándares nacionales aparte, coincidíamos en el principio de que a las catástrofes hay que enfrentarlas calientito-, y a lo de poner toallas en la puerta, aunque ya al pisar el primer piso, el agua nos cubría los pies. Subimos a la mesa todo lo que estaba a ras del suelo. La dueña estaba en Tailandia y yo no sabía dónde guardaba sus pertenencias valiosas. Subimos al segundo piso todo lo que pudimos y luego volvimos a la azotea. Los vecinos habían apagado sus luces e hicimos lo mismo

aunque, de vuelta en el techo, dejamos encendidos los foquitos de colores. Más cubiertas, tazas humeantes en mano, nos concedimos un rato para tranquilizarnos.

No éramos de ahí y no teníamos adónde salir corriendo si el agua llegaba a la azotea. ¿Qué harían con los extranjeros en estos casos? ¿Habría refugios o nos mandarían en una barquita a casa?

Quizá ni siquiera se ocuparían de nosotros y envejeceríamos en ese techo, nadando al mercado de vez en cuando y de regreso, con las bolsas del mandado chorreando agua salada. Las nieves del tiempo plateando nuestras sienes mientras a Holanda le crecían las algas y a las bicicletas se les implementaban flotadores. Yo citaba Volver a cada rato, por molestar a Sylvie y porque seguramente era el único tango que me sabía. Reíamos, fumábamos y compartíamos la dicha inmensa de la inmensa incertidumbre, oscilando por turnos del pánico al cinismo. No era mi cumpleaños pero es seguro que algo envejecí en aquel tejado.

Cuando el agua comenzó a entrar por las ventanas del primer piso, nos preguntamos si llegaría también al segundo, donde estaba el cuarto que yo alquilaba y también, en otra parte de

Delft, la ventanita de Vermeer. Deseamos que, de ser así, igualmente nos dejaran visitar el lugar.

Queríamos conocer el estudio y poder ver la luz filtrándose de soslayo, a través de aquel misterioso rectángulo tantas veces retratado.

Al amanecer el agua parecía haberse detenido a la mitad del primer piso y los ojos se nos cerraban. Bajamos al segundo piso: estaban secos el suelo y la cama. Nos dijimos buenas noches y qué lástima que se acabó esta ciudad y este país y qué gusto encontrarnos, feliz cumpleaños, veinte años ya es algo. O quizá no dijimos nada de eso y nos contentamos con el ruido del agua llevándose algo del mapa, y con la convicción histórica de que tendríamos qué contarle a los nietos: sí, hijo, yo estuve ahí la noche que desapareció Holanda.

Al día siguiente la marea había bajado. El primer piso estaba mojado y desordenado, pero el cuarto que yo alquilaba en el segundo piso estaba intacto. Sylvie y yo barrimos, trapeamos, desayunamos y volvimos donde Vermeer, pero estaba cerrado. Desilusionada tanto por esto como por la sorpresiva sequía matutina, o simplemente cansada de viajar, Sylvie no tomó su tren a

Berlín sino que se regresó a Toulouse. «Para que mi mamá pueda abrazarme de cumpleaños».

Yo me quedé unos días más en Delft, yendo y viniendo de Ámsterdam. Nunca visité el estudio de Vermeer. No se me antojaba ir sola ni tampoco comprobar que el agua definitivamente había entrado ahí, estropeado la duela e hinchado el marco de la ventana, impidiendo su abertura y negándome la posibilidad de regocijarme con la luz. Terminé por acortar también mi viaje: nunca se siente uno tan extranjera como en épocas de catástrofe nacional.

Cuando fue tiempo de volver dejé atrás una Holanda ordenada y soberbia, aunque ligeramente expectante, ligeramente menos cierta. Una Holanda sobreviviente. La vi alejándose desde mi tren : frágil, temerosa, a punto de quebrarse en llanto y dejarse inundar una vez más. Me gustó verla así, tan vacilante su planicie amenazada. Quise al menos intentar describirla en una carta, pero a Sylvie no le gustaban los tangos.